

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELÉGRAFO,"

LETANIA

Se ha de ver tu calavera, al final de este camino,
las manos afiladas de un trapense ó agustino....
donde hoy entran las locas alondras del pensamiento,
por la fuerza del destino,
ha de entrar mañana el viento....
¡Memento!

Vamos tras de las mujeres, como si fueran eternas,
con la salvaje lujuria del hombre de las cavernas....
Se pudren las mujeres como se secan las rosas!....
¡Se mueren todas las cosas,
y hasta la tierra se muere!
¡Misericordia!

El labriego de los siglos, en la tierra removida,
enterrando la materia para darla nueva vida,
el que estaba ayer arriba, viene á estar luego debajo.
Es eterno este trabajo
y no tiene acabamiento.
¡Memento!

Van los eternos destinos de este modo encadenados,
imposibles al desfilé de los hombres acabados....
florescen en los viejos pudrideros de las fosas
azucenas olorosas....
Sólo la fuerza no muere.
¡Misericordia!

El león del poderoso afilando está sus garras,
a pensar que á las hormigas se las comen las cigarras,
luego son las cigarras, carne para las hormigas....
¡No abominen ni bendigas,
porque todo es un momento!
¡Memento!

Recuerda que el tiempo corre y hacia ti no ha de volver.
Res tú el que ha de tornar, hecho flor á una mujer,
hecho agua clara á una fuente y hecho rocío á una rosa....
Filtración maravillosa
de la impureza que muere.
¡Misericordia!

Deja que llegue hasta mí, pensador y pensativo,
el placer de este dolor, en el que muriendo vivo....
Deja que llegue á nosotros el morir, que es el nacer....
Quiero sufrir el placer
de gozar el sufrimiento!
¡Memento!

Y es en vano que queramos romper estas ligaduras
en el frágil estilete de nuestras pobres locuras....
El Todo preside al Todo, y somos nosotros nada.
¡La vida nace ligada
con la muerte que nos hiera!
¡Misericordia!

Y es en vano que queramos acabar este tormento....
que en la eterna letanía de lo que nace y se muere,
dice la muerte: ¡Memento!,
y la vida: ¡Misericordia!

LUIS FERNANDEZ ARDAVIN.

La primera sombra

Cuento traducido del francés

Renato Chavaines leía un diario,
fondo cerca del fuego, y Lucila,
mujer, hojeaba revistas á su lado.
De pronto él lanzó una exclamación
sorda.

—¿Qué pasa?

—Nada.... Es decir.... Germán.

—Ya sabes....

—Sí, pero ¿qué le pasa?

—Ha muerto.

—¿Lucila miró á su marido. Después

de un momento:

—Pobre mujer!....

—Continuó:

—Una joven. ¿De qué murió?

—De fiebre tifoidea. Treinta y

cinco años....

—Un silencio prolongado. Chavaines

se inclinaba.

—No había hecho sufrir mucho,

al fin Lucila. Pero comprendo

que la muerte le causó impresión.

—Natural que sientas.

—¿No estás equivocada, dijo él

momento.

—No digas eso, Renato. Esa mujer

ocupó un gran sitio en tu vida;

no lo has contado todo. Es natu-

ral que tu muerte inesperada des-

de en ti muchos recuerdos y te

que. ¿Por qué negarlo? ¿Crees

que voy á ofender? Sé que esa

muerte estaba extinguida, sé que me

eres sinceramente.

—Se obstinó.

—Te aseguro que la cosa me de-

lució.

—Te vi bien cuando echabas á

lado el diario.

—Es cierto, me sorprendió.... ¡La

muerte del hombre impreso.... Pero

no más. ¿Cómo puedes creer?... No

me, todo eso está lejísimo!

—No es tan lejos, cinco años.

—En cinco años se olvida, se en-

trana.

—Renato se levantó y comenzó á ca-

cer nerviosamente. Se obstinaba

en resolución de disimular á su

que la emoción que le había mor-

tal el alma. Y para ocultar su

emoción se puso á hablar con la

calmidad que se defiende.

—Te aseguro, no me importa.

—Por otra parte, no tuve por ella más

que una pasión sensual; nunca la he

—Me crees con restricciones, y es-

to me contraría; no puedes figurar-

te que esa clase de mujeres no de-

jan huellas en el alma. Uno no pue-

de quererlas verdaderamente. Ger-

mana era brillante, inteligente, muy

linda, pero era una irregular, una

mujer de mala vida, digamos la pa-

labra. Así es que....

—Continuó con algunas frases de

moral burguesa que recitó con la

dignidad requerida en un hombre

casado, padre de dos hijos, y su dis-

curso le pareció de buen efecto.

Lucila seguía silenciosa, pensativa.

Creyendo haberla convencido, se a-

cercó á ella.

—No hablemos más de eso, queri-

da. Tú sabes bien que yo nunca he

querido á nadie más que á ti, y no

vas á imaginar....

—Se apresuró á besarla. Ella le vol-

vió el beso, y contestó sinceramen-

te:

—No dudo, no imagino nada. Toma

tu té tranquilamente; yo tengo

que ir á ocuparme de los chicos.

—Una vez sola, Chavaines no pudo

relevar las lágrimas. La idea de

Germana, muerta, lo consternaba.

Pero estaba contento de haber per-

suadido á su mujer. Había hecho

bien en mentir, y creía haber men-

tado hábilmente.

—Luchaba con su pena, el tiempo

le calmaba. Sin embargo, lo impre-

cionaba tanto esa caída de un ser,

en otra época adorado, en el abis-

mo eterno, que hubiese deseado de-

sahogarse, llorar libremente.

—Al lado de sus hijos dormidos, Lu-

cilía reflexionaba amargamente y se

asustaba de sus reflexiones. La ac-

titud de Renato la hería. Habría

encontrado sencillo, humano, digno

de su mucho amor que su marido

le hubiese dicho: "Sí, estoy ape-

nado, el pasado se despierta,

pero tú puedes comprenderme y yo

te pido que me consules." ¡Con

te pido que me consules!"

—Quedó amor exento de toda complica-

ción romántica le habría abierto ella

los brazos; pero él disimulaba, no

los brazos; pero él disimulaba, no

titubeaba en renegar de una pasión

que había iluminado su juventud,

que había iluminado su juventud,

parse de un recuerdo inocente-
mente concebido á una muerte, y
juzgaba que ella misma era has-
tante mediocre para ofenderse por
eso! ¿O sería que Renato había ol-
vidado realmente al punto de no
sentir nada al leer semejante noti-
cia, de encontrar el triste valor de
burlarse, de renegar? Si él era así,
¡qué egoísmo! Lucila recordaba con
angustia su expresión cada vez más
dura y falsa, su aire reservado, su
prisa en protestar, en disculparse
de un reproche imaginario. La vul-
garidad intencional de sus palabras
la hacía sufrir.

¿Por qué no había tenido un a-
rranque sincero, por qué había que-
rido representar la comedia de la
indiferencia? Pero tal vez no había
sentido nada en realidad. Al pensar

esto, Lucila se ponía más triste aún.
"Que yo desapareciera, pensaba, y al-
gunos años después, antes quizás,
hablará de mí con la misma sonrisa
forzada; yo no seré nada para él...."
¿Por qué no? Ha querido locamente
á esa Germana, y ahora habla así de
ella. Así es como hablan los hom-
bres de las mujeres que han que-
rido. Yo no seré nunca de las que
se complacen en escarnecer un a-
mor que precedió al de ellas. Para
que Renato no lo comprenda, es
preciso que no me conozca ó que
me crea egoísta y tonta". Varias
veces pensó en levantarse, ir á rpu-
nirse con su marido, abrazarlo y
decirle: "Ten confianza en mí!
Comprende que yo preferiría mil
veces consolarte á creerte sin cora-
zón!" Pero no se atrevió á hacerlo

de miedo de no encontrar otra vez
sino disimulo y negativas.

Cuando Renato volvió al dormito-
rio mucho rato después, tenía un
aire tranquilo, casi alegre. Su mu-
jer esperó una confesión, una pala-
bra. Pero él, no reveló nada de su
verdadero estado de espíritu, y re-
sultamiento, con el aplomo de un
marido enamorado y tranquilo, la a-
brazó. Lucila, dócil, callada, infinita-
mente triste, cedió pensando en la
muerte, en la adorada, en la ci-
vidad, mientras que aquel hombre
segua su vida habitual sin tener si-
quiera el poder del recuerdo.... Y
en aquel abrazo con el que Renato
creía adormecer para siempre toda
sospecha, sus almas se separaron.

Camille MAUCLAIR.

CRONICA DE ARTE



TORTOLA VALENCIA

Estudio crítico sobre esta gran artista, y el origen de sus danzas arcaicas

Así como Sarah Bernhardt ha
encarnado el ingenio dramático,
Tortola Valencia es hoy la encar-
nación viva del ritmo coreográ-
fico, tomándolo en su origen no-
ble ó sea en los ritos religiosos
antiguos del Asia, en el Irán, en
Babel, en Babilonia, y en el Sapa-
Sindu, ó sea el país de los siete
ríos, donde fueron á establecer-
se los Ario-lindos, hace más de
cuarenta siglos. Y esta reencar-
nación de un pasado tan lejano
solo ha podido hacerlo ella, pues
á la gracia andaluza que de su
madre, heredara, va junta la se-
riedad, la calma que necesita el
espíritu de investigación y el sen-
timiento de estas civilizaciones
tan diferentes de las nuestras, que
la transmitiera, su padre, un ar-
tista, un coleccionista inglés
inteligentísimo en estas materias,
Tortola, de niña, se educó en el
Museo Real de Londres y apren-
dió á dibujar se pasaba el
tiempo copiando los relieves de
los bloques murales de Persépo-
lis, Susiana, Ekbatana, Babilonia,
Ninive, y las polieromadas figu-
ras de los hipogeos del Egipto.
Pero donde fijó más su atención
fué en los relieves de los templos
de los cultos post-védicos de la
India budista. En el Indostán la
mezcla de las razas arias con la
raza negra autóctona, y en las
invasiones del erate con la raza
mongólica dió por resultado una
exuberancia mitológica jamás
vista en país alguno. Todos los
fenómenos de la Naturaleza fue-
ron personificados; á cada uno

se le asignó un dios antropomor-
fico ó zoomórfico. Los dioses na-
cieron como los hongos en una sel-
va después de una abundante llu-
via, y cambiaban de forma y se
multiplicaban, y cada dios tuvo
su culto y sus ritos; y de estos
múltiples ritos de las religiones
sectarias del Indostán, como las
llaman hoy, los orientistas, na-
cieron infinitas danzas que
sólo eran el ritmo anímico feme-
nino de aquellas razas, traducido
por los flexibles ó opulentos
cuerpos de las sacerdotisas ó de
las devotas de cada divinidad.

No hay más que ver á Torto-
la Valencia en la danza vertiginosa
de las nautshées bayaderas del
rito de la diosa Creté, una de las
divinidades del culto de Kalidra-
ga ó sea la diosa de la muerte,
cuando inspira la vertiginosa lo-
cura sagrada. Hay que verla en la
sublime danza del incienso, en la
cual las mujeres estériles se
ofrecen al dios solar y le mandan
sus deseos de que las fecunde en-
vuelvas en los espirales del aro-
mático humo que se dirigen á lo
alto, lanzados por Agni el dios
del fuego sagrado cuyo espíritu
está entre las brasas del pebetero
que sostienen. Al que conocía
los ritos de la India, al que se
lamentemente haya visitado las ga-
lerías del Museo Británico ó que
haya consultado fotografías de
las pagodas de Basora, de Bom-
bay ó otras del país del Himala-
ya, no le cabrá duda alguna de
que Tortola Valencia en cada u-
na de sus danzas hace revivir

una de aquellas esculturas vivien-
tes, con una ciencia y un arte
colosales, cual jamás hayamos
visto en otra artista. Y lo mis-
mo hemos de decir de las danzas
de origen semítico. Vedla en la
difícil danza árabe preislámica.
En la danza de Anitra, y en la
muerte de Asa, sacadas de la
fantástica novela de Ibsen,
"Peer-Gynt." ¡Que color en las
posiciones y en las actitudes que
adopta en sus danzas! Sus cabe-
llos crespos parecen crines de u-
na fiera, á veces sus negros ojos
tienen un brillo metálico que os
penetra cual dos puñales: saltos
de pantera, movimientos felinos,
leóninos, según los casos, que a-
traen y dan miedo á un tiempo.
En la danza árabe tiene saltos
imposibles y posiciones inmagi-
nables; en la danza de Anitra
miradas de codicia de fiera as-
tuta que atibasa su presa; en la
muerte de Asa palpitaciones con-
movedoras y languideces finales
que entristecen.

Y dejando ya las danzas asiá-
ticas que á algún pedante pu-
dieran parecerle solo hijas del
estudio, de un refinado estudio
arqueológico, no hay más que
verla y admirarla en la Tirana.
Es un capricho de Goya por su
blinido y vivo por su arte, su
gracia maearena y su sentimen-
to artístico intenso; con unas sen-
cillas sayas cortas con farfalle-
ras, un corpiño color de rosa subido
y un anehisimo mantón de blan-
da negra produce todos sus efec-
tos supergoyescos. ¡Que manera

LA AMÉRICA LOCA

Pueblos de tumulto, paisajes de fiebre,
la América es una locura del Sol.

Imperios ceñidos en pompas guerreras,
ciegos de lujuria, serdes de fragor;
sacerdotes que abren sangrientas entrañas
en los sacrificios á su fiero dios;
despotas enfermos que arrastran las horas
en sensualidades ayunas de amor;
pueblos voluptuosos como los poetas
imaginativos y sin corazón....

Llega, al fin, España con la Cruz doliente
de los siete siglos en que combatió;
y un tropel de sombras (dioses á caballo)
fatiga los Andes como un esterior.
Pizarro y Almagro cruzan sus espadas
en un fratricidio que sigue hasta hoy....
Cortés en los brazos de Doña Marina
confunde dos sangres de cáldido hervor;
y surge la recia figura de un grifo
con plumas de Aguila y crin de León.

La tristeza mora viene del Desierto
sentada á la grupa del potro español,
y sus voces hallan eco en la tristeza
de los Andes llenos de estupefacción:
tras el sacerdote de trágicos ritos,
se asoma el fantasma del inquisidor;
y entre crueldades y melancolías,
florece una casta lúgubre y feroz.

El gesto piadoso de Fray de las Casas
impone en la América un daño mayor.
La sangre africana se infiltra en la sangre
que mezclara al indio con el español;
y la decadencia de flores malsanas
de bellos matices pero sin olor;
mujeres que inspiran sensuales angustias
y poetas sólo de imaginación.

Tres siglos de historias que parecen cuentos:
cortes de virreyes cúbicos de color;
tal las aventuras en noches plateadas,
escala de seda, morisco balcón;
falsos juramentos, furtivos galanes,
calesas que acuden á citas de amor;
aceros que urgidos sacrilegamente
en las catedrales turban la oración;
toda la elegancia vil del donjuanism
lúbrico, blasfemo, loco y reñidor.

Próceres ilusos en un grito rompen;
y á través del tiempo se pierde su voz....
Y empieza esta inútil orgía de sangre,
de la que se apartan los ojos de Dios.

Pueblos de tumulto, paisajes de fiebre,
la América es una locura del Sol.

JOSE SANTOS CHOCANO.

Mi proverbial holgazanería

He sido siempre respetuoso acata-
dor de los fallos del público respec-
to á mis obras y, del mismo modo,
con los juicios y apreciaciones de la
crítica. Para eso se da una obra al
público, para que todos juzguen y o-
pinen sobre ella. Pero cuando, a-
parte el juicio de la obra, algún
crítico, como el ilustre crítico que
firma con el seudónimo de "Tarta-
rín" en "España Nueva", más aten-
to á chismes de bastidores que á la
verdad de los hechos, pretende ex-
plicar las razones de lo que él juz-
ga un fracaso, bueno es poner la
verdad en su punto, no tanto para
satisfacción mía como para que al-
gún autor novel no se desanime con
el ejemplo.

¡La proverbial holgazanería! ¡Has-
ta ahora si que no la habíamos "fas-
tidiao" como dicen los chulos.

No se yo donde andará en pro-
verbio eso de mi holgazanería; aun-
que bueno fuera, porque el día en
que á mí se me tuviera por holgazan
sería la mejor prueba de cómo tra-
bajaría el resto de los españoles.

Claro está que no son cosas de
mucho provecho en las que he em-
pleado mi actividad y, de seguro, el
mundo no perdería nada sin ellas;
pero, en fin, cada uno hace lo que
puede y no es el oficio de autor
dramático de los que se eligen. Pe-
ro de eso á no haber trabajado en
él.... Tengo cuarenta y ocho años,
mis obras publicadas forman unos
treinta volúmenes abultados, ¡de-
masiado abultados! Desperdigada
por periódicos y revistas hay labor
para otros cuatro ó cinco; he leído
algunos libros en mi vida, he estu-
diado cuatro ó cinco idiomas.... y
á esto se le llama mi "proverbial
holgazanería".

A poco que reflexione el crítico
de "España Nueva" comprenderá lo
injusto de su afirmación y el desa-
liento que puede producir en mu-
chos jóvenes que pensarán sin du-
da: ¿Qué habrá que hacer para que
le llamen á uno trabajador?

Y conste que en nada de esto
quisiera que nadie trasciera la
menor molestia por mi parte.

"El collar de estrellas" es muy ma-
lo, conforme; pero no lo es por es-
tar escrito atropelladamente. No
tengo ni esa disculpa. Pocas obras
habré escrito más meditadas y más
planeadas.

En cuanto á lo de mi proverbial
holgazanería.... eso creo que sólo
como broma ó muy fina ironía pue-
de decirse.

Pompeyo GENER.

Jacinto BENAVENTE.